

# Lorenzo García de Pedraza

## CIENCIA, MAGISTERIO Y HUMANIDAD

JULIO EDUARDO GONZÁLEZ ALONSO. AEMET, MADRID.

**N**o podía dejar pasar la oportunidad que ofrecen las páginas de este número del Boletín de nuestra Asociación, para dedicar unas palabras de afectuoso recuerdo, a la vez que rendir mi modesto y personal homenaje póstumo, a mi admirado maestro, compañero y amigo Lorenzo García de Pedraza, recientemente fallecido. El fue, en efecto, verdadero maestro de muchos meteorólogos españoles, de diferentes y sucesivas promociones, entre los que me honro de poder contarle, y de él recibimos valiosas enseñanzas que nos serían sumamente útiles y provechosas en el desarrollo de nuestra actividad profesional. Por ello, quiero que mis palabras sean también un testimonio personal de reconocimiento y gratitud.

Lejos de poder agotar todos los rasgos y matices de su rica personalidad, voy a enfocar mi atención sobre algunas de las características más definitorias de la misma, que, a mi modo de ver, marcaron muy notoriamente toda su trayectoria personal y profesional, y que, a fin de proceder a su análisis a lo largo de estas páginas, he concretado en las tres que figuran en el encabezamiento de este artículo: *ciencia, magisterio y humanidad*.

De estas tres características, que en él brillaron con luz propia, la primera – la que representaba su copioso y bien fundado saber científico – le venía dada tanto por su sólida formación matemática (era Licenciado en Ciencias Exactas) cuanto por la amplitud y profundidad de los conocimientos que, como excelente meteorólogo que fue, poseía en el ancho campo de las ciencias de la atmósfera, el tiempo y el clima, así como en el de sus diversas aplicaciones, a las que dedicó, siempre con gran interés y entusiasmo, buena parte de su fructífera y meritoria labor científica y profesional. Tal cantidad y calidad de conocimientos se plasmaban en los numerosos y valiosos trabajos científicos que publicó a lo largo de su dilatada y fecunda trayectoria profesional como meteorólogo.

ridad recurrían, en busca de asesoramiento, numerosos usuarios y entidades del sector agrario. Otra materia, en estrecha relación con las arriba mencionadas, en la que también tenía una sólida formación y buen nivel de conocimientos, y en la que, asimismo, mostró siempre un especial interés, fue la *Hidrología*, a algunas facetas de la cual dedicó parte de sus trabajos.

Pero, y esto enlaza ya con la segunda de las características personales mencionadas, Lorenzo no solamente poseía el conocimiento científico en grado sobresaliente, como ya he señalado, sino también una infrecuente capacidad para transmitirlo de la forma más asequible, sin faltar nunca al necesario rigor. Fue precisamente esa alta capacidad didáctica, unida al también elevado nivel de sus conocimientos, lo que le permitió llegar a ejercer un auténtico magisterio en lo que respecta a la formación, orientación y motivación vocacional de tantos meteorólogos. Dentro de este contexto, es obligado hacer referencia a su notable dedicación a la vertiente docente de nuestra profesión, actividad desarrollada a lo largo de una innumerable cantidad de horas



Lorenzo G<sup>a</sup> de Pedraza en las II Jornadas Científicas de la A.M.E. (Alicante, 1970)  
(Fotografía de Juan Sánchez)

lectivas, impartidas con su personal estilo, que convertía los temas tratados, cualesquiera que fuesen, en algo de lo más ameno y atractivo, lo que daba lugar a que sus clases se hiciesen siempre inevitablemente cortas.

Además de toda esa actividad docente, desplegada a lo largo de prácticamente toda su vida profesional, y prolongada, incluso, mucho más allá de la fecha de su jubilación oficial, también realizó funciones de planificación y coordinación de diferentes cursos de formación, durante la etapa en la que fue Jefe de la Sección de Enseñanza del, a la sazón, Servicio Meteorológico Nacional (momento en el que tuve el privilegio de conocerlo, con ocasión de mi ingreso, por aquel entonces, como funcionario de esta Institución).

Dentro de este orden de cosas, resulta indispensable resaltar una de las cualidades más características de nuestro añorado amigo, que fue su admirable y poco común capacidad divulgativa, la cual se puso de manifiesto reiteradamente en los numerosos artículos y colaboraciones escritos para las publicaciones más diversas, muchas de ellas de carácter periódico, así como en sus frecuentes intervenciones en espacios de radio y televisión, casos en todos los cuales, con un estilo llano y asequible, lograba comunicar, incluso al menos avezado en estos temas, los aspectos más curiosos y significativos de una ciencia, la del tiempo y el clima, que él tan bien conocía (y por la cual sentía, como pocos, auténtica pasión), llegando a despertar, de esa manera, el máximo interés hacia ella en todos aquellos que tenían la gran suerte de poder disfrutar leyéndolo o escuchándolo. Entre sus muchas contribuciones, a este respecto, podrían citarse, por ejemplo, los enjundiosos artículos suyos que con tanta frecuencia aparecían en el antiguo “Calendario Meteoro-fenológico” anual (versión antecedente del actual “Calendario Meteorológico”), leyendo los

**“Entre sus más destacables cualidades, habría que mencionar su hombría de bien y su honradez, junto con su generosidad”**

Entre las varias ramas de la meteorología y la climatología aplicadas a las que nuestro desaparecido compañero y amigo dedicó su atención, destacan muy especialmente las correspondientes al ámbito de la Agricultura y dominios afines, a las que durante muchos años consagró su valiosa y eficaz actividad investigadora y docente (principalmente, a lo largo de la etapa en la que desempeñó la jefatura de la Sección de Meteorología Agrícola y Fenología del, entonces, Instituto Nacional de Meteorología), actividad en virtud de la cual llegó a ser reconocido como uno de los mayores y más prestigiosos expertos en *Agrometeorología*, a cuya auto-

cuales realmente se disfrutaba aprendiendo, o, algo mucho más cercano en el tiempo, la sección fija con la que, bajo el título “Hablemos del tiempo”, colaboraba en este mismo Boletín, deleitándonos con sus amenas e interesantes exposiciones acerca de los más diversos y curiosos aspectos y episodios del tiempo atmosférico (o de la *temperie*, como a él le gustaba decir con frecuencia) y del clima, algo que, a pesar de sus dificultades, siguió haciendo de modo entusiasta y perseverante hasta que la enfermedad físicamente se lo impidió.

También me parece oportuno recordar aquí su bien patente afición al Refranero Meteorológico, del que tan buen conocedor era, y del que, mediante su frecuente y atinado uso, reconocía su valor e interés como expresión de la sabiduría popular en lo referente a los distintos aspectos del tiempo y el clima; afición que, haciendo gala de un repertorio impresionante, no perdía ocasión de poner de manifiesto con la oportuna cita del refrán pertinente en muchos de sus numerosos trabajos sobre meteorología y climatología. Entre éstos, quisiera hacer mención de tantas colaboraciones como aportó, siempre sobre temas sumamente interesantes y con la peculiar amenidad de su estilo, a muchas de las sucesivas ediciones del Calendario Meteorológico (contando, en muchos casos, con la valiosa colaboración de su hijo Carlos, geógrafo), a través de las cuales mostraba de forma transparente la fuerza de su vocación meteorológica. Ésta se traslucía siempre en todos sus trabajos y estudios, en muchos de los cuales se hacía patente, como un rasgo muy característico, su especial interés en poner de relieve la influencia de los factores geográficos en la génesis y evolución de las distintas situaciones y episodios meteorológicos, así como en identificar las relaciones existentes entre aquellos factores y los caracteres que, especialmente a escalas regional y local, configuran los diferentes tipos de climas.

Dentro del ámbito de la meteorología, la climatología y ciencias afines – y, especialmente, dentro de las ramas o vertientes de las mismas que fueron objeto de su interés preferente, a algunas de las cuales ya se ha hecho referencia –, Lorenzo publicó un importante número de obras de gran valor e interés, dejándonos en ellas el testimonio perenne de su profundo saber, constante dedicación y labor magistral. De entre tantas, y a modo de simbólico homenaje al conjunto de su producción escrita, voy a hacer la reseña de una, cuya autoría compartió con el también distinguido meteorólogo Ángel Reija Garrido (y a cuyo acto de presentación, en la sede central de nuestra Agencia, tuve la oportunidad y el placer de asistir), y es la que lleva por título “*Tiempo y clima en España. Meteorología de las Autonomías*” (Dossat 2000; Madrid, 1994). Esta obra constituye una original y valiosa aportación al conocimiento de la meteorología y la climatología de las distintas Comunidades Autónomas que componen el Estado Español. En ella, después de una exposición general, referida al conjunto de nuestro país, en la que se describen ampliamente los rasgos geográficos, aspectos meteorológicos y caracteres climáticos más significativos, se hace una descripción sistemática y bastante precisa, ajustada a ese mismo esquema, para todas y cada una

de las diecisiete Comunidades (como también para las Ciudades Autónomas de Ceuta y Melilla), información que viene enriquecida con una serie de mapas meteorológicos y climatológicos, y un conjunto de “cuadros climáticos”, conteniendo los valores medios anuales de los parámetros climatológicos más significativos, correspondientes a una serie de estaciones meteorológicas seleccionadas, dentro de cada una de dichas Comunidades.

La obra, que puede considerarse como una importante referencia en esta clase de textos, ofrece una buena muestra de los conocimientos y experiencia de sus autores en estas materias, además de resultar sumamente amena y de muy agradable lectura, como de ellos cabía esperar, siendo fácilmente reconocible la impronta personal de Lorenzo García de Pedraza a lo largo de la obra. Esta, dada la riqueza y variedad de su contenido, puede servir además como un útil elemento de consulta, especialmente, para todos aquellos estudios en los que se requiera tener en cuenta la relación entre, por una parte, los factores geográficos y, por otra, los regímenes de los distintos elementos meteorológicos, así como los caracteres climáticos – resultantes, al fin y al cabo, de la síntesis estadística de aquellos elementos –, en las diferentes regiones de nuestro país, aspectos acerca de los cuales esta obra aporta valiosa información. En ella, en efecto, se da cuenta de la notable diversidad de los rasgos que configuran la multiforme y accidentada geografía física de España, rasgos cuya variada distribución imprime su propio carácter a cada una de sus

diferentes regiones, mostrándose, asimismo, cómo y en qué medida esa diversidad de rasgos fisiográficos se refleja, a la postre, en la gran variedad de tipos climáticos regionales, e incluso, comarcales, que presenta nuestro país.

Por otra parte, Lorenzo hizo también una notable contribución a la Historia de la Meteorología institucional y profesional en España, siendo digna de mención, a este respecto, la obra, publicada conjuntamente con el también reconocido meteorólogo José Mario Giménez de la Cuadra, que lleva por título “*Notas para la Historia de la Meteorología en España*” (I.N.M.; Madrid, 1985). En ella, ambos autores hacen una interesante exposición histórica, centrándose en el relato de la evolución de la meteorología española a nivel institucional, en el que se da cuenta con bastante detalle de las sucesivas etapas que la misma ha atravesado, re-

presentadas por los diferentes organismos estatales que, a lo largo del tiempo, la han encarnado, desde sus primeros pasos, más o menos firmes, en la segunda mitad del siglo XIX (tras los anteriores balbuceos y vacilaciones orgánico-administrativas), hasta la todavía reciente etapa del Instituto Nacional de Meteorología (que no aparece completa, pues el relato sólo llega hasta 1984), que ha precedido a la etapa actual, representada por la Agencia Estatal de Meteorología.

Creo que todo lo expuesto hasta aquí puede servir para hacerse una idea de la magnitud e importancia de la obra de Lorenzo García de Pedraza, como fruto que fue de su gran “amor profesional” (utilizando una expresión muy suya), algo que, según sus propias palabras, tenía sus raíces en su temprana afición, adquirida ya en



En el acto de homenaje conjunto que AEMET y la AME le rindieron en junio de 2007

## Lorenzo García de Pedraza:

CIENCIA, MAGISTERIO Y HUMANIDAD

su niñez, a la observación de los cambios del tiempo atmosférico y al “análisis de la temperie”; afición que fue propiciada, en sus orígenes, por su contacto cotidiano con el campo y la naturaleza, en el ambiente rural de su pueblo natal, la localidad madrileña de Colmenar del Arroyo, donde transcurrió su niñez. En ello hay que ver, asimismo, la raíz de su interés vocacional hacia las *aplicaciones agrarias* de la meteorología y la climatología, así como hacia la *fenología* (ciencia que, en base a la observación de las fechas de inicio de determinados fenómenos biológicos, integrantes de un ciclo anual recurrente –conocidos como *fases fenológicas* –, estudia el comportamiento de las diversas especies de plantas y animales en el curso de un año dado, en función del carácter del mismo determinado por la evolución intra-anual de distintos elementos meteorológicos), materias a las que, como queda dicho, dedicaría una parte bastante importante de su actividad profesional.

También adquirió una gran experiencia, durante su larga y decisiva etapa de destino en Zaragoza, en el trazado e interpretación de los mapas meteorológico-sinópticos, experiencia en base a la cual llegaría a desarrollar un gran “ojo clínico” en la diagnosis y la predicción meteorológicas, cualidad ésta que pudo afianzar bien, en aquella primera etapa de su trayectoria profesional, realizando, entre otras actividades, tareas de apoyo meteorológico a la aviación, civil y militar, y que, posteriormente, ya con destino en Madrid, tendría ocasión de desarrollar aún más durante los años en los que realizó su trabajo en el Centro de Análisis y Predicción, y que demostraría cumplidamente después, en diferentes momentos y vertientes de su actividad como meteorólogo.

Una importante faceta de esa variada actividad, que no puede dejar de mencionarse, fue su estrecha vinculación con la Asociación Meteorológica Española (A.M.E.), de la cual fue uno de los fundadores (en julio de 1964) y también uno de sus socios más insignes, y cuya presidencia ejerció, digna y eficazmente, durante dos distintos períodos. Como socio de la misma, asistió a gran número de sus Jornadas Científicas anuales, participando activamente en ellas, en muchos casos como ponente o conferenciante. Asimismo, colaboró asiduamente en las páginas del Boletín de la Asociación durante las diferentes etapas del mismo (ya desde su primer número, aparecido inmediatamente después de la fundación de la A.M.E., hasta los últimos años, en los que lo hizo mediante su sección fija “Hablemos del tiempo”), e, incluso, formó parte de su Comité de Redacción durante una serie de años, hasta casi el final de su vida.

Con lo dicho hasta aquí, creo haber hecho una descripción suficiente, al menos en sus aspectos y facetas más significativos, de la brillante trayectoria profesional de Lorenzo García de Pedraza, en virtud de la cual deberá ser considerado como uno de los grandes referentes de la Meteorología en España y, especialmente por su genuina condición de maestro de meteorólogos, como uno de los exponentes más ejemplares e inolvidables de esta profesión en nuestro país.

Una vez hecho esto, quisiera referirme ahora a otra de las características que, junto con las ya analizadas, mejor definieron su personalidad, como fue su gran categoría humana, constituida por muchas y muy notables cualidades. Entre las más destacables, habría que mencionar su hombría de bien y

su honradez, junto con su generosidad. También habría que señalar, sin duda, su sencillez y modestia, virtudes, ambas, que distinguen al sabio. Se caracterizaba, asimismo, por su gran llaneza y cordialidad en el trato. Y hay constancia de que en lo más alto de su escala de valores, estaban los del matrimonio y la familia. Además, y para que no le faltase de nada, Lorenzo tenía un excelente y saludable sentido del humor (no exento, a veces, de cierta ironía).

Una buena muestra de esta última virtud, a la vez que una clara demostración de su añoranza de Zaragoza – ciudad en la que transcurrió una de las más importantes y fecundas etapas de su vida –, así como de las tradiciones, costumbres y carácter de su gente (aspectos en los que, según él, el clima de esta ciudad también dejaba sentir su influencia), sería la sentencia con la que él finalizaba un enjundioso co-

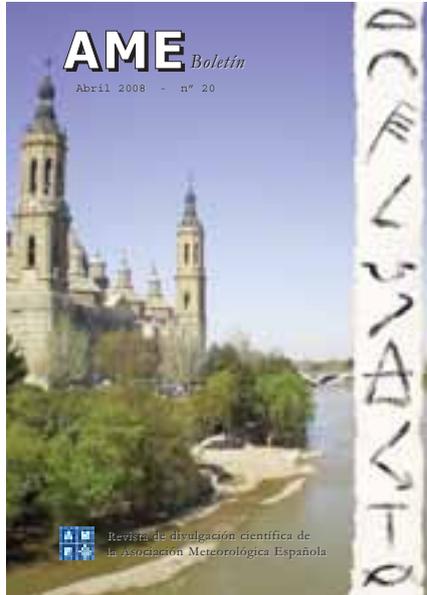
mentario suyo acerca del clima del Valle del Ebro, con particular referencia al de la capital aragonesa, (incluido en el número de julio de 2008 de este Boletín, dentro de su ya citada sección “Hablemos del tiempo”), que no resisto la tentación de reproducir aquí, y que dice así:

***“Hay tres cosas de Zaragoza que nunca podré olvidar, que son el “cierzo”, la “jota” y la “Virgen del Pilar”.”***

Lo cual es una emotiva y poética expresión de su nostalgia de “la novia del viento”, como denominase Eugenio D’Ors a la gran ciudad bañada por el Ebro, tan asiduamente, y no sé si de forma tan amorosa, visitada por el frío y seco viento del noroeste, y por la que Lorenzo sentía un afecto muy especial y profundamente arraigado.

En suma, si hubiese que describir con muy pocas palabras lo que fue Lorenzo García de Pedraza, habría que hacerlo diciendo que él fue, esencialmente, una gran persona y un gran profesional de la Meteorología, con igual grado de excelencia en ambas facetas. El se nos ha ido, pero el recuerdo de su vida ejemplar, las enseñanzas de él recibidas y la lectura de su valiosa y copiosa obra, pueden hacer que, de alguna forma, él siga estando presente entre nosotros.

Y así será, pues tanto por su gran amor y dedicación a la profesión meteorológica, que tan buenos frutos rindieron en las diferentes parcelas que cultivó, como por sus extraordinarias cualidades humanas, Lorenzo siempre permanecerá vivo en nuestra memoria. Por ello, no quiero terminar diciéndole adiós, sino *hasta siempre*..



Vista de Zaragoza, con la Basílica del Pilar y el río Ebro